

Presentación de Susana Cordero.

Los seres humanos precisamos inventar certezas para subsistir; y hay una, en mi vida, a la cual cedo la palabra: los textos que leo por voluntad explícita, por necesidad o por azar, traen siempre párrafos con significados que coinciden con mis preocupaciones del momento. Leo dos, bajo el presupuesto de que cierta palabra humana, contrariamente a lo que imaginamos y hasta donde se nos alcanza, no sufre la triste minuciosidad destructora del tiempo.

*“Toda aquella tierra es montañas altísimas muy hermosas, y no secas ni de peñas, sino todas andables y valles hermosísimos. Y así los valles como las montañas eran llenos de árboles altos y frescos, que era gloria mirarlos. Aquí son los peces tan disformes de los nuestros que es maravilla. Hay algunos hechos como gallos de las más finas colores del mundo, azules, amarillos, colorados y de todas colores, y otros pintados de mil maneras; y las colores son tan finas que no hay hombre que no se maraville y no tome gran descanso a verlos. También hay ballenas. Aquí en toda la isla los árboles son todos verdes y las hierbas como en el abril en el Andalucía; y el cantar de los pajaritos que parece que el hombre nunca se querría partir de aquí, y las manadas de los papagayos que escurecen el sol; y aves y pajaritos de tantas maneras y tan diversas de las nuestras que es maravilla. Hasta el soplo del viento, en ese lugar, es ‘muy amoroso’.*

¿Qué pintura más eficaz de nuestra naturaleza americana que esta que con tanto entusiasmo nos entrega Colón en su Diario, escrito hace más de quinientos años? En pocas palabras de sus cartas y crónicas es el navegante más humilde y sincero que en aquellas que derrama para alabar nuestra naturaleza. Y si en otras, no revela, precisamente, un aguzado ingenio, basta esta descripción para valorar, por contraste, la pintura de Myriam, en su afán por plasmar sin paliativos el valor de un mundo que minuto a minuto se va de nuestras manos... La lenta tragedia que nos empeñamos en ignorar, de un universo delicuescente, en el que solo perdura nuestra sed de tener.

Y en una página del libro maya del Chilam Balam se lee:

*“Conocían el orden de sus días. Completo era el mes; completo el año; completo el día; completa la noche; también el aliento de vida cuando pasaba; completa la sangre, cuando ellos llegaban a sus lechos, en sus esteras, en sus tronos. En buen orden recitaban las buenas plegarias; en buen orden buscaban los días faustos, hasta que veían las estrellas faustas entrar en su reinado; entonces observaban cuándo empezaría el reinado de las buenas estrellas. Entonces todo era bueno”.*

Textos complementarios los dos, cada uno con más de quinientos años de vida, que leídos hoy, y por contraste, muestran con dolorosa eficacia ante la obra a que asistimos, la caducidad de lo existente, lo transitorio de la paz humana. La condición efímera de todo paraíso...

Esto revelan los extraños y bellos colores de sus cielos destruidos; el deshielo de icebergs

y nieves eternas; la sangre que sangra el nuevo vacío. Trágica la certeza de que la eternidad, en el mejor de los casos, no llegará a cumplir doscientos años. Desde la eclosión técnica humana y la transformación de nuestro Planeta, no han pasado, efectivamente, ni siquiera dos siglos.

Técnica mixta, gigantografía, acrílico; plumilla, cisco, collage. Plumilla, cisco, pelo humano, plástico, cinta. GIGANTOGRAFIAS E INSTALACIONES, zapatos amarrados a la inmovilidad que es muerte y pelo que sobrevive al cuerpo y al cadáver. De estos recursos materiales se ha valido Myriam para revelarnos el sentido de una obra a la que no le basta el arte para subsistir. De ella surge otra vez la idea del sentido, tan venida a menos en nuestro universo en el que el mercado pretende agotar todo sentido. Con este significado final, ya ni siquiera queda a los seres humanos el antiguo consuelo estimulante de la búsqueda de significados. Ella quedó relegada a la filosofía existencialista de mediados del siglo XX, porque desde la caída del muro de Berlín – bastante menos muro que el que Bush pretende poner entre América latina y los EE.UU, con México como puerta clausurada- todo parece haber encontrado su cauce de quietud mental, con la esperanza relegada al mercado y la soledad vivida sin preguntas.

Por eso, en este ámbito que, además de ser artístico por su amarga belleza expresa una inmensa carga de rebelión con su evidente ambigüedad, la emoción estética de la obra calma mi sed de preguntas y me consuela de la tremenda y trágica alegría de vivir.

Myriam, alerta a todo detalle de la vida –basta conocer su casa, probar sus platos delicados y bellos, apreciar sus muebles, diseñados por ella misma, para admirarla sin paliativos- expresa en sus zapatos amarrados, en su refrigerador como último refugio de la nieve y el agua, en cada uno de sus cuadros, una carrera existencial y artística que al superar un límite encuentra mil otros límites que desafiar. Sabe que consideraciones frívolas no permitirán cambiar el mundo, y que el mismo dolor se frivoliza cuando no trabajamos contra él, desde donde estamos. Así que, para ser, para inaugurar el ser y un decir nuevo que trascienda la queja y la constatación de que todo termina, incluso la eternidad, ella ha creado estos cuadros con dolor y con rabia.

Y como a las mujeres nos es muy difícil aceptar que otra mujer provoca admiración en nosotras, no me queda sino evidenciar, dentro de mí misma y para ustedes, cómo en la sociedad ecuatoriana, aquí y ahora, el hombre tiene todas las ventajas. Y que un hombre que hiciera lo mismo que hace Myriam sería doblemente admirado y conocido. ¿Es esto una denuncia, una venganza ingenua?

Poco a poco nuestra sociedad resignará sus prejuicios, precisamente gracias a mujeres como Myriam, que trata de captar la ambigüedad del mundo viviendo con intensidad el ansia noble de permanecer con los ojos abiertos.

Susana Cordero de Espinosa